

CAPÍTULO 8

Mijail

Mientras iba en el taxi, me fijaba en los edificios históricos de Madrid. Circulaba por el paseo de Recoletos y me gustaba disfrutar de la visión de los árboles, de los impresionantes edificios que albergaban las famosas pinacotecas de la ciudad, del ambiente acogedor del invierno. Luego giramos por la calle de Alcalá y pude disfrutar de ver el lateral del Parque del Retiro. La mayor parte de mi vida transcurría de noche y pocas veces tenía la oportunidad de ver la ciudad de día. En ese momento me hubiera gustado ser una turista más como las que veía a través de los cristales del coche.

El taxi giró a la izquierda hacia la calle Velázquez. Este era mi destino.

Antes de entrar, me quedé observándolo. Sin las luces de neón parecía diferente. El *Club Idle* se encontraba en Velázquez, en el mismo centro de Madrid. Era uno de los pubs de copas de moda en la capital. Todos los aspirantes a famoso que querían abrirse paso y los que ya lo eran venían aquí. Tenía una ambiente chic, con buena música, buena decoración y gente guapa. El dueño de todo esto era Mijail Vasiliev, Misha para los amigos. Era un tipo famoso en la noche madrileña. Tenía unos 58 años. Era alto y delgado y todavía conservaba

bastante pelo, aunque con entradas pronunciadas. Lo llevaba largo, de color rubio, que le daba un aspecto de cantante de antiguo grupo de rock. Siempre vestía con trajes de seda de colores llamativos y camisa, sin corbata. Quería aparentar un aspecto moderno. Pero su cara reflejaba un pasado turbio. Tenía los ojos verdes y la nariz ancha y rota. También tenía pequeñas marcas por su cara y una cicatriz grande bajo la barbilla. Para ocultarla, se dejaba barba sin afeitarse de dos días. Decía que eso estaba de moda. Para los famosos que venían a su club era un tipo encantador y espléndido. Para mí era un mafioso cabrón y este club era tan solo una tapadera de sus otros negocios.

Además, no solo el *Club Idle* era suyo. Yo también le pertenecía.

Llamé a la puerta y enseguida me abrió Ígor, el hombre de confianza de Misha. Me miró como siempre, con deseo, y me saludó. De entre todos los gorilas de Mijail, Ígor era el que mejor me caía. Era amable conmigo, dentro de sus limitaciones, y siempre me ayudaba si podía. Yo sabía que era porque le gustaba. Le debía un favor. Y estaba segura de cómo querría cobrarlo. Pero mientras no se lo pagase, estaba convencida de que él seguiría pendiente de mí.

—Te espera en su despacho, Ira. No está solo.

Le di las gracias y avancé por el club ahora desierto. No sabía bien qué es lo que Ígor había intentado decirme. Algunas veces, cuando el cliente era importante, Mijail nos hacía venir a unas cuantas de nosotras para que el cliente viera el material y pudiera elegir. Quizás este era muy especial.

Subí las escaleras y llegué al despacho. Estaba en la parte de arriba del club. Tenía un gran ventanal desde el que se podía vigilar toda la superficie del local, sin que a él le pudieran

ver. Llamé a la puerta y me hizo pasar. Todos se giraron para mirarme. La habitación estaba llena de humo. Mijail estaba sentado tras su enorme mesa escritorio. Estaba muy orgulloso de ella, pues había sido hecha a mano a partir de un solo tronco de roble. Fumaba un enorme *Davidoff* que impregnaba con su olor toda la sala. Anya estaba junto a él. Al fondo del espacioso despacho permanecían inmóviles dos gorilas desconocidos y, sentado en el sofá situado junto a la pared, había un desconocido. Supuse que era el cliente especial. También estaba fumando un puro similar al de mi jefe.

—¡Al fin ha llegado nuestra querida Ira! —exclamó Mijail—. ¿Fue todo bien anoche?

—Sí, sin problemas.

—Pero ven, acércate que te podamos ver mejor.

Y mientras empecé a avanzar, oí la puerta que se abría y se cerraba de nuevo. No me hacía falta mirar para saber quién había entrado. Sabía que era Ígor.

Me acerqué donde estaba Mijail. Tenía a Anya agarrada por la cintura y ella estaba sentada apoyada sobre el brazo del sillón. Era una de sus preferidas y le gustaba presumir de ella. Era rubia, con el pelo muy largo, que solía llevar cogido con una larga coleta que colocaba hacia un lado. Así mostraba la bonita mariposa que llevaba tatuada en su espalda, a la altura de la nuca. Tenía 25 años pero parecía mayor. El alcohol y las drogas la habían envejecido. Ella no era fuerte. La miré a los ojos. Sabía que le tenía mucho miedo a Mijail. Yo sabía que él le pegaba. Intentaba no dejarle marcas para que no interrumpiese su trabajo, pero algunas veces se le iba la mano.

Conmigo lo intentó una vez, al principio de llegar. Yo tenía 28 años y era nueva. Él siempre tenía que probar todo el material nuevo. Se acostó conmigo un par de veces. Pero la

siguiente vez se emborrachó, y me pegó. Lo recordaba todo como si fuera ayer. El primer golpe me hizo retroceder hasta la mesita de noche y caí sobre ella. Me rompí el labio. Luego se abalanzó sobre mí y me agarró del pelo con fuerza para que yo me incorporase. Entonces me pegó un puñetazo en el estómago que me hizo encogerme de dolor. Sin soltarme el pelo, me golpeó en la cabeza y yo caí al suelo. Él gritaba «¡shlyúja!»⁽⁴⁾ una y otra vez, aunque yo casi no podía oírle. El golpe me había impactado en el oído y solo escuchaba un intenso pitido en mi cerebro. Cuando creía que me iba a matar a golpes, se abrió la puerta y vi cómo Ígor entró en la habitación corriendo. Antes de perder el conocimiento, pude comprobar que él se interpuso entre nosotros y que le dijo: «Ya es suficiente. Si la desfigura no valdrá un euro». Eso fue lo que le paró.

Tardé en recuperarme unas semanas. Sabía que mientras tuviera marcas no sería molestada. Cuando me recuperé totalmente, empecé a trabajar sin descanso. Aceptaba el mayor número posible de clientes. Al cabo de unos meses, Mijail volvió a buscarme. Pero esta vez yo estaba preparada. Me dijo que era su preferida, la mejor de todas y que me había echado mucho de menos. Cuando estábamos en la cama, me coloqué encima de él, saqué de mi pelo una cuchilla que había ocultado pegándola con papel celo y se la puse en la yugular. Él se quedó petrificado. Me preguntó si estaba loca, si quería morir. Entonces le dije:

«No te voy a matar, Mijail. Esto es solo para que me escuches con atención».

⁽⁴⁾ Insulto ruso. Significa «Puta».

La expresión de sus ojos no se me olvidará jamás. Estaba aterrorizado. Me gustaba verlo así. Y continué hablando:

«Voy a seguir trabajando para ti como hasta ahora. Pero te voy a poner dos condiciones: una, que me vas a dejar vivir sola en un apartamento y dos, que jamás, jamás volverás a tocarme. Si lo haces, quiero que sepas que he contratado a unos cabrones que no dudarán en hacerte lo mismo que hago conmigo. Si resulto herida o desaparecida o no me pusiera en contacto con ellos cada semana, vendrán a por ti».

Jamás había visto antes una expresión de odio como la que vi ese día en los ojos de Mijail. En ese momento estaba segura que me hubiera matado. Pero no era idiota y sabía que yo podía hablar en serio. Él tenía mucho que perder. Yo tan solo mi vida.

Recuerdo que pasaron unos segundos que se me hicieron eternos y al final él me dijo:

«Nunca antes ninguna »shlyúja« me había hecho una cosa así. Tengo que reconocer que tienes cojones».

Y empezó a reír. Al principio en voz baja, para luego hacerlo a carcajadas.

«Ira, ¿sabes qué significa tu nombre en español? Desde luego te viene de perlas».

Y siguió riendo. Luego paró súbitamente y me preguntó: «¿Y cómo sabré que no harás que me maten de todas formas?».

Yo respondí:

«No lo sabrás. Tendrás que confiar en mí. Tú y yo tenemos un negocio entre manos; considera que somos socios. A partir de ahora vamos a medias. Mientras ambos ganemos dinero, no necesitamos romper la sociedad».

Me levanté y me fui de allí. Él no me ha vuelto a tocar. Pero sé que me la tiene jurada y que en cuanto pueda, me matará.

—Ah, mi bella y querida Ira. Mi flor más preciada. Quiero que conozcas a mi gran amigo Sasha. Estaba deseando conocerte.

Me acerqué hasta el sofá para saludarle. El desconocido se levantó y me miró. Noté en sus ojos el típico brillo que producía en la mayoría de los hombres. Siguió mirando mi nariz, mi boca y fue bajando, repasando todo mi cuerpo. Yo también le analizaba. Era más bajo que yo, mediría un metro setenta centímetros. Tendría la misma edad que Mijail. Su pelo era muy rubio. Lo llevaba corto y tenía sendas entradas a ambos lados de su cabeza. Tenía los ojos azules y la piel muy blanca. Vestía con un traje negro perfecto de *Armani* con corbata a juego. Su mirada era profunda y se notaba que estaba acostumbrado a mandar y a que le obedecieran.

Cuando acabó nuestro mutuo reconocimiento, me estrechó la mano. Pude ver su magnífico reloj que adiviné era de platino. Un «*Vacheron Constantin*». Lo reconocí enseguida. Me gustan los relojes. Todo en él indicaba lujo y riqueza, aunque esto no era sinónimo de clase.

—Encantado de conocerla —me dijo en perfecto ruso, denotando que había recibido una exquisita educación.

Le respondí lo mismo, pero creo que ni me escuchó. Se había quedado inmóvil. Mantenía el saludo, sin soltar mi mano, y sus ojos estaban fijos en los míos. Ahora su mirada era distinta. No era de deseo, sino de sorpresa o incredulidad. Como si estuviera mirando un fantasma.

—¿Pasa algo, Sasha? —le preguntó Mijail, tan extrañado como yo de su actitud.

El otro tardó todavía unos segundos en reaccionar.

—No, todo está bien —respondió mientras me soltaba la mano y volvía a sentarse—. Es que... me ha recordado a alguien que conocí hace tiempo. Nada, olvídalo. Sigamos.

Mijail le había llamado Sasha, como si fueran amigos. Yo lo reconocí enseguida. A diferencia de muchas de mis compañeras, me interesaban las noticias sobre economía. Su nombre completo era Alexandr Sokolov, y era posiblemente el hombre más rico de Rusia y, sin duda, el más influyente.

¿Qué podía querer un hombre como este de Mijail?

—Quiero verla desnuda —ordenó súbitamente Sokolov—. Quiero ver si tiene marcas, cicatrices o manchas en la piel.

Si las miradas matasen, le hubiera fulminado en aquel momento. No me gustaba que me trataran como a un caballo.

Mijail me miró y me hizo un gesto con los ojos. El primer gesto fue una orden. Cuando vio mi mirada, cambió y el segundo gesto fue un ruego. En ese momento supe que era muy importante para él quedar bien con su nuevo amigo. Esto podría ser muy útil para mí en el futuro.

Empecé a quitarme la camiseta. No era mi objetivo ponerles a tono, pero sé que todos los presentes se empezaron a excitar, incluso Anya. Sabía que causaba ese efecto en los hombres (y en algunas mujeres) aunque no me esforzara.

Alexandr Sokolov me miraba atentamente. En él noté algo diferente. Era como si se mezclara deseo, trabajo y algo más que no podía adivinar.

Continué quitándome los pantalones. Como eran muy ajustados, tuve que hacer movimientos sinuosos para poder hacerlo. Notaba que los presentes no iban a perder un segundo del espectáculo improvisado. Cuando me encontraba en ropa interior, miré a Mijail y a Sokolov. Entonces, este último dijo: «Todo».

Desabroché mi sujetador y quedaron libres mis pechos. Por la expresión de sus caras, creo que había unanimidad. Eran bonitos, proporcionados y tersos. Sin querer, giré un poco la

cabeza y me encontré con la mirada de Ígor. Me di cuenta que él no estaba disfrutando. Estaba tenso, con los puños cerrados. Era encantador ver cómo un tipo de casi dos metros, ancho como un armario, con su pelo cortado al uno como buen gorila, era capaz de sentir algo así. Me recordaba al cuento de la Bella y la Bestia. Volví a centrarme en lo que estaba haciendo. Me bajé también el tanga. No lo hice lentamente. Ya estaba el ambiente demasiado caldeado.

Hubo un silencio. Al rato, Alexandr Sokolov hizo un gesto con su mano para que me diera la vuelta. Lo hice y entonces quedé frente a Mijail. Noté su mirada. Me deseaba. Desde nuestro acuerdo no había podido poseerme, y de eso hacía ya más de tres años. Además, yo sabía que las horas de gimnasio habían moldeado mi cuerpo y ahora estaba mejor que cuando él pudo verme desnuda por última vez. Me giré hasta ponerme de nuevo frente a Sokolov.

—¿Suficiente? —pregunté.

No me respondió. Tan solo miró a Misha, y le susurró:

—Perfecta. Valdrá.

Empecé a vestirme de nuevo mientras noté la expresión de satisfacción de Mijail. Mientras me vestía, pensé en la cicatriz que tenía en el labio desde mi encuentro con él. Tuve suerte que fuera una herida interior. El muy cabrón me pagó uno de los mejores cirujanos plásticos de Madrid para que no me quedara marca alguna, y la verdad es que hizo un buen trabajo. El mismo médico me dijo que también tenía una antigua fractura en el codo izquierdo que había soldado muy bien. No recordaba cómo me había hecho esa fractura ni cuándo. Pero eso era algo bastante común en mí.

Cuando acabé de vestirme, Alexandr Sokolov miró a Mijail y fue suficiente para que este entendiera lo que el otro quería.

—Vamos, todos fuera. Dejarnos solos con Ira —ordenó Misha.

Ígor empezó a salir. A Anya le dio una palmada en el culo para que hiciera lo mismo. Los otros dos gorilas esperaron a que su jefe les indicase con la cabeza que se marcharan. Finalmente, nos quedamos solos los tres.